



QUINTO DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO*

**“No temas. Desde ahora
serás pescador de hombres”**

Luis Fernando Crespo

No dejen de leer los Textos Bíblicos antes del Comentario.

Lecturas: Isaías 6,1-8; 1 Corintios 15,1-11; Lucas 5,1-11

Las lecturas de este domingo, especialmente la primera y el evangelio, giran en torno al llamado o vocación: la de Isaías y la de los discípulos de Jesús, lo que nos permitirá reflexionar sobre nuestra propia vocación al seguimiento de Jesús. La lectura de 1 Corintios, si bien no es propiamente de vocación, nos recuerda el contenido central de la fe a la que hemos sido llamados: la muerte y resurrección de Jesucristo por nuestra salvación.

El evangelio de Lucas posterga, a diferencia de Marcos y de Mateo, el llamado al discipulado de los primeros discípulos, después de haber mostrado ya a Jesús actuando, sanando y enseñando. Incluso ha hecho mención de una inicial relación con Pedro y su entorno familiar: curación y comida en casa de la suegra de Simón (4,38-39). El llamado a los discípulos y su respuesta inmediata: “llevaron las barcas a tierra y, dejándolo todo, le siguieron”, resultan más comprensibles. Jesús no era un desconocido para ellos. En Cafarnaún había permanecido ya un tiempo: “y los sábados les enseñaba”, se entiende que en la sinagoga. La gente – y sin duda también Simón– “quedaba asombrada de su doctrina, porque hablaba con autoridad” (4,32). La respuesta de estos primeros discípulos no es apresurada ni irreflexiva, más bien debió ir madurando en un tiempo de mutuo acercamiento.

Lucas insiste en resaltar la acogida por parte de la gente: “se agolpaba a su alrededor para oír la palabra de Dios”. No se trataba de un predicador cualquiera. Allí estaban también escuchando Simón y sus compañeros de pesca. Jesús le pide a Simón, a quien ya conocía y con el que probablemente habrían conversado ya algo sobre sus planes, que mueva un poco su barca para hablar desde ella “a la muchedumbre”.

Luego le sugiere de manera más personal: “Rema mar adentro, y echen sus redes para pescar”. La respuesta de Simón, resumiendo lo que pensaban él y sus compañeros, no parece de gran entusiasmo. Habían faenado inútilmente toda la noche, que era la

* Ciclo C

hora buena para pescar, ellos pescadores lo sabían bien. “Pero, por tu palabra, echaré las redes”. Simón ya había sido “pescado” por la persona de Jesús y por su palabra. La pesca fue tan abundante como reveladora de quién es Jesús -ahora le llama “Señor”- y de la condición –“un hombre pecador”- del mismo Simón. La escena se completa con el llamado explícito a la misión: “No temas”, expresión clásica cuando Dios comunica un llamado inesperado. Así –recuerda Lucas– aclaró el ángel a María en la anunciación (1,30). “Desde ahora serás pescador de hombres”, a la manera como Jesús había hecho con ellos. El relato ya había mencionado a “Juan y Santiago, hijos de Zebedeo”. (Llama la atención que no mencione a Andrés, hermano de Simón, como habría leído en Marcos, una de sus fuentes (Mc.1,16).

Habría que resaltar en nuestra reflexión la formulación que hace Simón: “pero, por tu palabra, echaré las redes”. Como habitual pescador de aquel lago tenía otros criterios para decidir el momento adecuado para la pesca. “Pero”, decide poner su confianza en la palabra de Jesús. En eso radica la experiencia de la fe: confiar en Jesús para tomar decisiones y actuar, a veces contraviniendo criterios del sentido común dominante, por ejemplo, de quienes gobiernan y tienen responsabilidades económicas o políticas en la manera de tomar en cuenta a las personas sin poder, sus necesidades y prioridades como personas y ciudadanos.

La respuesta no necesitó de palabras. “Llevaron a tierra las barcas y, dejándolo todo, le siguieron”. La decisión habría sido meditada y madurada en acercamientos sucesivos y posiblemente en diálogos previos con Jesús. Finalmente, siempre hay un momento decisivo, que es el que resalta el texto. Ellos “dejándolo todo”, sus barcas, proyectos, familia... “le siguieron”. La misma actitud y las mismas palabras se repiten un poco más adelante al dar cuenta de la vocación de Leví, el publicano que recaudaba los impuestos para Roma: “Él, dejándolo todo, se levantó y le siguió” (5,28). El seguimiento es lo fundamental, lo que definirá en adelante sus vidas como discípulos de Jesús: caminar detrás de él y asumir su proyecto y estilo de vida; lo que dejaron es anecdótico, depende de la situación de cada uno. En nuestra experiencia lo importante y radical es la decisión consciente y libre de “seguir” a Jesús. Lo que hay que “dejar” dependerá de un discernimiento lúcido y permanente sobre lo que en la situación de cada uno ayuda o entorpece la coherencia del seguimiento. De todas formas, en la expresión “dejándolo todo” hay una nota de radicalidad que hay que saber traducir lealmente sin concesiones fáciles y sin simplismos. Sin duda, siempre será bueno contar con el apoyo del discernimiento comunitario, que acompañe nuestros procesos personales.

La lectura de la vocación de Isaías es impresionante, así la debió sentir el mismo profeta y trató de transmitirlo lo mejor que pudo. Impresiona, más allá de las imágenes, la presencia sobrecogedora de la santidad de Dios: “Santo, santo, santo, Yahvé Sebaot: llena está la tierra de tu gloria”, ante la que el profeta reacciona casi aturdido: “Ay de mí, que estoy perdido, pues soy un hombre de labios impuros”. El Señor busca a quién enviar: “¿A quién enviaré? ¿Y quién irá de parte nuestra?”. Resalta la prontitud del profeta para responder con generosidad: “Dije: Heme aquí, envíame”. Es un esquema constante que encontramos en diversos relatos de vocación, como en el comentado más

arriba. Un llamado que viene de parte de Dios o de Jesús, a veces sin mayor detalle sobre el contenido de la misión que se irá descubriendo en el camino, y una aceptación abierta y pronta por parte de la persona llamada. A veces se añade una confirmación: “Yo estaré contigo (o con ustedes)” (Jer,1.8; Lc.1,28; Mt.28,20) que viene a asegurar y dar confianza de que, a pesar de dificultades, la misión cuenta con la asistencia del Señor.

La segunda lectura, tomada de la Primera carta de Pablo a los Corintios, tiene una importancia excepcional. Pablo recuerda que la fe que les anunció en su primera visita, fundacional de la comunidad, es la misma que él mismo recibió cuando su conversión: la muerte y resurrección de Jesús, según las Escrituras, por nuestra salvación. Constituye un testimonio de la tradición viva desde sus orígenes: Cefas, la generación apostólica y Pablo: “Pues bien, tanto ellos, como yo, esto es lo que predicamos, esto es lo que han creído”. Es la misma fe en la que nosotros hemos sido bautizados e instruidos. Vale la pena recordarlo. A veces se ha perdido o diluido en medio de una maraña de devociones y creencias que se han superpuesto. Hay que recuperar la centralidad de Jesús, el Cristo, su muerte y resurrección, y en él inspirar nuestras maneras de pensar y de vivir, dejando un testimonio creíble para nuestros contemporáneos y para las próximas generaciones. Seamos un eslabón en esa rica tradición viva de la fe. Seamos lúcidos al concretar “el todo” que hay que dejar y estemos seguros de su presencia, que acompaña y sostiene.